

TRES

No sé qué esperaba yo de una noche como ésta, a qué clavo ardiendo me agarraba para pensar que podía salir bien ¡Si seré imbécil! Estaba escrito que iba a ser un desastre y así fue. Mi hermano mayor en su papel de jefe, mi madre lamiéndole el culo todo el rato, y mi padre pasando de todo, como siempre. En lo que a mí respecta, no hay duda de que no escarmiento: lo mío es llorar, o lloriquear, que suena peor. Y es que no tengo arreglo. Álvaro tiene razón en una cosa y me pone de mala uva reconocerlo, pero no tengo más remedio porque es verdad: no soy capaz de defender lo que pienso. El caso es que en mi mente lo veo clarísimo, el problema está en ser capaz de hablar cuando mi madre me aprieta las clavijas o cuando el energúmeno de mi hermano me pega dos voces. Y el caso es que esta vez la causa era más que justa: defender a mi hermano Javier de esas bestias de la edad de piedra pero, nada, ni por esas.

Por mi parte, era fácil adivinar mi fin de fiesta: encerrada en el baño, con los ojos hinchados, la nariz como un tomate y sola, para no variar.

Mi único consuelo es que el día treinta y uno me dejan salir, es como el último deseo que se concede a una condenada a muerte, porque ya me han comunicado la sentencia: en enero empiezo en el nocturno. A saber las barbaridades

que habrán dicho de mí para convencer al jefe de estudios: que tengo el norte perdido, que no sé lo que quiero, que tengo muchos pájaros en la cabeza, que mis amistades dejan mucho que desear y que van a llevarme por el mal camino, que estoy cada vez más rebelde... en fin, como si los estuviese oyendo: «esta niña ha cambiado mucho, nunca se sabe por dónde nos va a salir, tiene una rabia por dentro que siempre parece a punto de explotar». Pues claro que soy como un volcán a punto de entrar en erupción, porque no puedo más.

Pensar que pasaré la Nochevieja con Irene y con Jacobo es la única luz en medio de tanta oscuridad (si mi amiga supiese estas cosas que pienso me diría «tú siempre tan dramática»). Pues quizás sea tiempo de dejar de serlo, me niego a darle la razón a todo el mundo.

Ojalá Irene esté en lo cierto con lo del sueño que tuve y mi vida cambie. Desde luego una cosa es segura: no voy a aguantar mucho así, necesito algo, aunque no sepa qué, porque voy a reventar si las cosas siguen así. No sé qué voy a hacer, pero algo va a cambiar, lo presiento.

—¡Ya era hora Álex!

—Sabes bien que si no te he llamado es porque no he podido. Además no he dejado de mandarte mensajes.

—Bueno, es que mi móvil se ha muerto, y ya no pienso tener más, es una cuestión de principios. Lo tenía sólo porque me lo regalaste tú.

—Ahorrando de la miserable paga que me dan. No te olvides.

—Lo sé y te lo agradezco, pero no pienso volver a claudicar. Los móviles se los ha inventado el sistema para tenernos controlados, y para ganar dinero, por supuesto, así que yo, como Irene, me niego a pasar por el aro.

—Sois los dos unos exagerados, y no va a ver quien se junte con vosotros.

—Me da lo mismo dar asco, desde ahora voy a ser fiel a mí mismo. Por cierto, que ya me contó Irene el marrón de la cenita de Nochebuena y lo agobiada que te tienen.

—Ni te imaginas, Jacobo. Me carcomía la rabia por dentro, te lo juro. Álvaro se portó asquerosamente y Javier no creo que vuelva a venir por aquí, aunque tampoco podría si quisiera, ahora es un desterrado, ésa es la pena por atreverse a hacer lo que hizo.

—Es que lo de tu casa es muy fuerte.

—Sí pero esto ha sido lo peor. Hicieron que se sintiese culpable y lo humillaron, bueno, lo intentaron porque él no tiene nada de qué avergonzarse.

—Por supuesto que no. Y en cuanto a ti, dime ¿lo del nocturno va para adelante?

—¿Tú qué crees? Pues claro.

—Si lo piensas no es tan malo, y algunos días puedo llegarme por ti cuando salga de los talleres. Además, ya sabemos que no pueden contigo.

—Yo sí que no puedo con todos ellos. Me tienen controladísima, y más que lo voy a estar. Un día de éstos paso de todo y no me ven más.